

SCOTT WATSON, Keith [SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier, ed. y MURPHY, Elena R. trad.]: *Rumbo hacia una España en guerra*. Salamanca: Amarú ediciones, 2014, 309 pp.

Un grupo de profesores de la Universidad de Salamanca, integrado por Antonio Rodríguez Celada, Manuel González de la Aleja Barberán y Daniel Pastor García, junto con el apoyo de la editorial Amarú, han logrado poner en marcha un proyecto fundamental en la órbita de los estudios sobre nuestra última Guerra Civil y el impacto que causó en el ámbito anglosajón durante aquellos años tan decisivos como convulsos. El proyecto se presenta como «Colección Armas y Letras», bajo el amparo del lema del conocido debate cervantino y rindiendo, supongo, un homenaje al esclarecedor libro —*Las armas y las letras*— que escribiera Trapiello en la década de los 90 y con el que comparte, en muchos sentidos, temática y finalidad. Gracias a esta iniciativa, se han puesto a disposición del público en general y de los estudiosos de la participación británica en la contienda del 36, en particular, cinco obras de referencia¹, en unas publicaciones cuidadosamente traducidas y con sus correspondientes aparatos críticos; a todas estas fuentes documentales, hasta ahora inéditas en español, se une en el mismo sello un ensayo que, en cierto modo, contextualiza el fenómeno y que va camino de

convertirse en referencia fundamental del mismo: *La prensa británica y la Guerra Civil Española* (Salamanca: Amarú ediciones, 2013), uniéndose así a los estudios previos que sobre este aspecto han llevado a cabo Juan Avilés Farré, Tom Buchanan, Enrique Moradiellos, Hugo García, Paul Preston y César Moreno Cantano, entre otros. Las crónicas que, de momento, componen esta colección, tienen en común la nacionalidad británica de sus autores, todos ellos con unas personalidades muy marcadas, a veces rayando en la excentricidad; también, su compromiso —de muy variable intensidad y eficacia— como combatientes prorropublicanos y el compartir unas incipientes carreras como escritores y periodistas, muchas de las cuales se consolidarán, precisamente, en nuestro país. Al margen de esto, cada una de ellos ejemplifica las muy diferentes posiciones políticas de partida que contemplaban desde la ortodoxia comunista más férrea, hasta un difuso liberalismo antifascista y el peso de sus variados orígenes sociales: Romilly y T. C. Worsley provenían de rancias familias nobiliarias y altoeclesásticas, el muy radical Claud Cockburn tenía un padre que fue cónsul general en China, mientras que Sommerfield comenzó laboralmente vendiendo periódicos por la calle, con apenas dieciséis años.

Rumbo hacia una España en Guerra —traducción tan libre como acertada de *Single to Spain*— apareció en los escaparates de las librerías del Reino Unido y de los Estados Unidos en 1937, con una fría acogida por parte de un público lector entonces muy volcado en este tipo de testimonios sobre la impactante contienda española y en medio del absoluto desprecio de la crítica y de los posibles afines ideológicos que lo despreciaron, al igual que hicieron con quien lo firmaba al que considerarían siempre como un cínico vividor de dudosa credibilidad personal. Los simpatizantes republicanos y los lectores de la *Left Review* asimilaban muy difícilmente la crudeza

1. ROMILLY, Esmond [RODRÍGUEZ CELADA, Antonio (ed.)]: *Boadilla*. Salamanca: Amarú ediciones, 2011; SOMMERFIELD, John [PASTOR GARCÍA, Daniel (ed.)]: *Voluntario en España*. Salamanca: Amarú ediciones, 2012; WORSLEY, T. C. [GONZÁLEZ DE LA ALEJA BARBERÁN, Manuel, ed.]: *Los ecos de la batalla*. Salamanca: Amarú ediciones, 2012; COCKBURN, Claud —«Frank Pitcairn», seudónimo—: *Corresponsal en España*. Salamanca: Amarú ediciones, 2012 y SCOTT WATSON, Keith [SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (ed.)]: *Rumbo hacia una España en guerra*. Salamanca: Amarú ediciones, 2014.

de lo que aquí se exponía: los virulentos enfrentamientos entre los voluntarios que llegaron hasta recusar a Nat Cohen como mando, que existiera una sicosis agobiante de espionaje interno y que afloraran sin límites las viejas disputas interlocales y el intento de control absoluto por parte del comunismo stalinista. Sin embargo, esta obra y, por ende, su autor, han ido ganando progresivamente en valoración con el paso del tiempo, en parte por su personalísima originalidad y en parte, también, por su carácter desmitificador. Frente a tantos y tantos aburridos textos propagandísticos cortados por el mismo patrón hagiográfico y henchidos de fanfarrias épicas y elogios sin medida hacia partidos y dirigentes, *Single to Spain* ofrece una visión totalmente diferente, rompedora y crítica en la línea incisiva de otros autores incómodos como lo fueron George Orwell y, sobre todo, el Laurie Lee de *A Moment of War*, con quien comparte algo más que una salutífera ausencia de prejuicios y el no tomarse muy en serio a ellos mismos. Formalmente, se trataría de una más de las numerosas crónicas autobiográficas sobre la experiencia de un voluntario extranjero en defensa de la República; en este caso, una muy corta, pero intensa y variada, experiencia que se produjo de septiembre a diciembre de 1936. Aunque no acabó aquí su periplo porque Scott volvería al año siguiente, ahora como periodista de *The Star*, encontrándose en el bando nacional durante el bombardeo de Guernica, lo que le convirtió en uno de los exclusivos doce reporteros que pudo informar de primera mano sobre el bombardeo de la villa, estando también presente en la caída de Cataluña en febrero del 39, llegando incluso a casarse con una española y, al parecer, permaneciendo en nuestro país hasta principios de los años 40, sin que sepamos mucho más porque buena parte de su azarosa y exagerada vida sigue siendo una absoluta incógnita. En los diecisiete capítulos de que consta el libro, presenta

los tres hechos más decisivos en los que se vio envuelto tras su apresurada decisión de incorporarse a la contienda con un carnet de prensa como excusa: en primer lugar su estancia en la bullente Barcelona libertaria de 1936, encuadrado en la centuria «Tom Mann», seguidamente su paso por las Brigadas Internacionales en el cuartel de Albacete y su penosa participación en la escaramuza del cerro de los Ángeles en las filas del «Batallón Thaelmann» de la XII Brigada Internacional, con el que también sirvió fugazmente en el frente de la Ciudad Universitaria. Un invencible y asumido pánico («No, tenía miedo. Simplemente no podía soportar la vida en las trincheras»), le llevó a «pedir la baja» como soldado aunque se las arregló para continuar en el Madrid sitiado de los últimos meses del año, actuando como colaborador del famoso periodista del *Daily Express*, Sefton «Tom» Delmer. Este nuevo escenario bélico le sirve, en realidad, para dar rienda suelta, por fin, a su carácter bohemio y a su vertiente de pícaro simpático y don juan; sustituye aquí a su enamorada barcelonesa —la miliciana Rosita— por la enigmática «Elvira» —heterónimo bajo el que camufló a María Lurueña Torres, del servicio de información republicano—. Nuestro autor se mueve a sus anchas por un Madrid y sus calles donde apenas hay comida pero el alcohol está omnipresente y la muerte cae del cielo en forma de bombas alemanas o italianas o se traslada en las pistolas automáticas de un comité. De este extraño mundo, sin normas ni garantías, repleto de aventuras cotidianas, saldrá finalmente perseguido por unas confusas acusaciones de espionaje; tras una rocambolesca huida consiguió abandonar la Península por la misma frontera catalana por la que entró y tras una corta estancia en la edénica capital republicana de Valencia tan ajena a los horrores de la Villa y Corte.

Quien acuda a esta obra buscando datos fidedignos, grandes aportaciones a

la historia de las Brigadas Internacionales y explicaciones globales de tipo militar o político sobre el desarrollo de la Guerra en esta su primera fase, quedará defraudado. Keith Scott comete los mismos o parecidos errores que lastran a la mayoría de los testimonios apresuradamente dados a la imprenta por sus compañeros británicos en calidad de combatientes, de periodistas o de ambas cosas a la vez, como él mismo y otros. Las inexactitudes en los nombres, fechas y descripción de acontecimientos es algo genérico, como también lo son sus escasos conocimientos previos sobre nuestra cultura e idioma paliados a medias por el uso de los estereotipos y tópicos más manidos: las milicianas, los curas y las monjas, el flamenco, la corrida de toros... No falta tampoco la inclusión de hechos presentados como si él hubiera sido testigo directo de los mismos —batalla de Boadilla, acción de la Casa de Campo...— cuando en realidad se trata de versiones tergiversadas de segunda o tercera mano; a todo ello, se une una irrefrenable tendencia a la fabulación y un afán de protagonismo que le lleva, inverosímilmente, a situarse siempre en el centro de todos los momentos más destacados y a arrogarse un trato directo y preferencial con las personalidades más conocidas del bando republicano, ya fueran españolas —Largo Caballero, Álvarez del Vayo, Margarita Nelken, Arturo Barea, Miaja...— o ya pertenecieran al variopinto contingente extranjero —Marty, Lucacks, Nathan Cohen, Kleber...—. Pero asumidas estas premisas, hay que decir que el interés del testimonio sigue siendo enorme para los historiadores y para cualquier otro tipo de lector. Empezando porque utiliza un estilo literario que entremezcla con gran acierto el tremendismo con un humor feroz plagado de ironía satírica, en la mejor línea de E. Waugh o de P. G. Woodhouse; hay escenas verdaderamente hilarantes como cuando describe la versión proletaria de la ópera «Aída» que ve en el Liceo

catalán; la narración de la compra de su equipamiento militar hecho en los almacenes SEPU nos recuerda los mejores monólogos de Gila, al igual que muchas otras escenas de su instrucción militar tanto en Barcelona como en Albacete en lo que «lo más difícil fue aprender a beber en bota». Sus mayores —y mejores— dardos fueron lanzados a sus mismos compatriotas que no salen excesivamente bien parados ni en los retratos que efectúa de sus camaradas brigadistas, ni en el de los reporteros, ni en los del personal diplomático y los asilados acogidos en la embajada británica de Madrid, todo un microcosmos plagado de excentricidades y relaciones tirantes plenas de episodios chuscos. ¿Quiere esto decir que Scott es un un frívolo desalmado que se queda solo en la superficie de la tragedia?, pues no, porque él usa del humor como fórmula para despertar conciencias en su propio país «más preocupado por un suspiro de la señora Simpson que por los bombardeos» y como un escudo para soportar toda la dolorosa carga del horror y la sinrazón que lleva aparejada la guerra y que no disimuló jamás. De hecho, las referencias que efectúa respecto a la vida cotidiana tanto en el frente como en la retaguardia resultan, con mucho, su aportación más importante y podrían considerarse, sin exageraciones, toda una anticipación de lo que años después se llamaría «el Nuevo Periodismo», paralelizables en buena medida a lo que escribió por entonces Chaves Nogales. Para constatarlo, no hay más que leer lo correspondiente a su intervención en un pelotón de fusilamiento, el pueblo destrozado por los Regulares con el descubrimiento de la joven violada, las riñas en las colas de racionamiento madrileñas, los moros envenenados por comer los animales inoculados con virus del laboratorio de la Ciudad Universitaria, la decadencia del zoo del Retiro con las fieras semiabandonadas, el ambiente prostibulario albaceteño, el asalto a las embajadas de Alemania

y Finlandia, la grotesca visita de los diputados británicos encabezados por Seymour Cocks que incluyó un tour por el Palacio Real con reparto de recuerdos incluido y las interminables veladas étlicas de la tribu periodística internacional envuelta en sus cominerías y rencillas personales en el bar «Miami» o en «Chicote».

La corriente empatizadora que se establece enseguida entre el lector actual y Keith Scott Watson ha contagiado, como no podía ser menos, al editor de la obra, Javier Sánchez Zapatero, quien ha hecho un notable esfuerzo para reconstruir el complicado rompecabezas de su vida y, lo que es tanto o más importante, de su peculiar y compleja mentalidad. El resultado final es un texto introductorio de lo más completo por lo que tiene de marco ambiental en su conjunto y de referencia del mundo de la prensa británica destacada en España en esos instantes cruciales y cuya cantidad y calidad abruma. Por cierto, qué buena hubiera sido la

presencia de un índice onomástico que recogiera los dos centenares largos de nombres que se citan a lo largo de sus páginas y que ayudaría a los investigadores tanto como las acertadas notas que jalonan el original y la cronología que, al inicio de la introducción, recoge y matiza todas las fechas de los hechos narrados, completando así la indescriptible humanidad de alguien que, según Javier Sánchez, «no fue, de hecho, un ejemplo en casi nada, y su nombre jamás será recordado ni en los manuales de literatura, ni en las historias del periodismo ni en los tratados bélicos. Sin embargo, vivió con una intensidad que le llevó a amar, beber y disfrutar, y también a sufrir, temer y matar, como si cada segundo fuese a ser el último sobre la faz de la tierra. De ahí que su obra nos recuerde que en la guerra, como en la vida, los hombres, con todos sus claroscuros, siempre valen más que los mitos».

Luis Arias González